

Samuel Farber

George Orwell y los Proles

Samuel Farber, "Sam", nació en Marianao, Cuba. Profesor emérito de Ciencia Política en el Brooklyn College, New York. Entre otros muchos libros, recientemente ha publicado *The Politics of Che Guevara* (Haymarket Books, 2016) y una nueva edición del fundamental libro *Before Stalinism. The Rise and Fall of Soviet Democracy* (Verso, 1990, 2018). Es una figura destacada del socialismo anticapitalista, antiestalinista y democrático.

Texto publicado originalmente en inglés y traducido y publicado en *Trasversales* con autorización y revisión del autor

jacobinmag.com/2018/08/hope-lies-proles-john-newsinger-review-george-orwell-working-class-socialism

Aunque su pesimismo sobre la clase trabajadora osciló como las mareas a lo largo de su vida, en definitiva George Orwell vio a los trabajadores como la única fuerza que podía construir una sociedad igualitaria y socialista.

George Orwell fue uno de los escritores más influyentes del siglo XX. Ha sido alabado por muchos desde la derecha y criticado por otros tantos desde la izquierda, pero se conoce relativamente poco sobre sus escritos socialistas y políticos.

En *Hope Lies in the Proles: George Orwell and the Left* (Pluto Press, 2018), el profesor e historiador socialista John Newsinger ofrece una visión general del trabajo y la trayectoria política de Orwell. Consciente de las dificultades políticas que Orwell plantea entre amplios sectores de la izquierda, por ejemplo a causa de su apoyo a la Guerra Fría, Newsinger enfrenta su tarea con coraje político, presentando al escritor inglés sin maquillar sus imperfecciones.

Para Newsinger, Orwell fue hasta su muerte un socialista democrático profundamente identificado con la clase trabajadora, a la que consideraba como agente de la transformación socialista. Incluso en sus momentos más pesimistas vio a la clase trabajadora como el único potencial para la humanidad, como la clase que tenía más que ganar de una reconstrucción de la sociedad. Y fueron los altibajos de la lucha de la clase obrera de su tiempo lo que, según Newsinger, explica su trabajo y su política.

En Wigan Pier

Esto sale a la luz por primera vez en el libro de Orwell *The Road to Wigan Pier* (1937), un relato de la vida en una comunidad obrera del noroeste de Inglaterra. Según Newsinger, Orwell lo escribió como acto político para demostrar que, a pesar de la recuperación de la economía británica desde la cima de la Depresión, todavía era habitual el desempleo en el norte de Inglaterra, con toda la miseria que le acompañaba. Se centró en los mineros de la región, que apenas comenzaban a recuperarse del fracaso de la huelga general de 1926, y denunció sus peligrosas condiciones de trabajo y el concomitante número anual de accidentes y muertes.

Pero Newsinger explica que la clara simpatía y la identificación de Orwell con los mineros de Wigan Pier estaba teñida por el escepticismo sobre su potencial político, tras el que acechaba cierta decepción ante la ausencia de indicios de una revuelta inminente. Según Newsinger, ésta sería la primera ocasión en que Orwell plantearía la pregunta que motivaría gran parte de su vida futura como escritor político: ¿por qué los desempleados y los que reciben salarios muy bajos no se rebelan en circunstancias como las que había entre los mineros del noroeste de Inglaterra?

En el caso específico de Wigan Pier, el mismo Orwell reconocía que una insurrección allí, así como cualquier otra insurrección en la Gran Bretaña de esa época, habría sido reprimida con las resultantes "masacres inútiles y dando lugar a un régimen de salvaje represión". Pero atribuye la ausencia de un espíritu rebelde entre los obreros a su incorporación a las nuevas formas de consumo que siguieron a la Primera Guerra Mundial, con acceso a fuentes de satisfacción inmediata a través de "lujos baratos": "fish and chips", medias de seda, conservas de salmón, chocolate barato, películas, la radio, el té fuerte, las quinientas...

Orwell podría tener parte de razón. Sin embargo, su análisis estaba limitado por la

falta de una amplia perspectiva histórica sobre los altibajos y las complejidades de la conciencia de la clase trabajadora. No supo entender cómo fue afectada en Gran Bretaña y en otros lugares por la guerra, el patriotismo, la depresión económica y el conservadurismo de las burocracias sindicales y socialistas.

Orwell también culpó, en la segunda parte de *The Road to Wigan Pier*, a los que calificó como la "clase media izquierdosa", los "clandestinos abstemios izquierdistas con inclinaciones vegetarianas", que, según él, se alejaron de la clase trabajadora, atrayendo en su lugar a todo tipo de chiflados, entre los que, reflejando sus propios prejuicios, indistintamente enumeró tan diferentes tipos de personas como "los bebedores de zumos de frutas, los nudistas, los que calzan sandalias, los maniacos sexuales, los cuáqueros, los curanderos 'naturistas', así como pacifistas y feministas".

Newsinger explica que, por el contrario, Orwell debería haber puesto el foco en la desmoralización de la clase trabajadora causada por la enorme traición del gobierno laborista en 1929-1931, cuando el entonces líder laborista Ramsay MacDonald desertó del partido y encabezó junto a los conservadores un reaccionario Gobierno de concentración nacional que aplicó recortes masivos que causaron grandes penurias a millones de personas de la clase trabajadora.

Debo admitir que la primera vez que leí *The Road to Wigan Pier* como parte de mi temprana educación socialista, simpatice con las críticas de Orwell a la "izquierda de clase media". Yo procedía de un país -la Cuba prerrevolucionaria- donde las diferencias políticas no se canalizaban a través de expresiones culturales y de estilo de vida, y no podía entender por qué sectores de la izquierda en Estados Unidos e Inglaterra querían exacerbar su aislamiento y marginalidad respecto al resto de la sociedad adoptando estilos de vida visiblemente diferentes. Más tarde, aprendí sobre la política cultural y el rol constructivo que

a veces desempeñó en los movimientos y la política de izquierda, por ejemplo los espacios sociales alternativos forjados por muchos movimientos socialdemócratas y comunistas europeos. Tales espacios sociales no deben ser completamente descartados. Pero sigo desconfiando de cualquier intento de identificar a la izquierda con un estilo de vida cultural particular. El enfoque de las corrientes de la izquierda de los años sesenta, con su adhesión a la "contracultura", condujo al autoaislamiento cultural en el mejor de los casos, o al sectarismo y el elitismo en el peor de los casos.

Un programa de izquierda que se propone alcanzar el poder para lograr un cambio importante tiene que ver con liberar a clases, grupos e individuos de la explotación y de la opresión por razón de clase, raza, sexo u origen nacional, no con promocionar particulares estilos de vida.

Los estilos de vida alternativos en sí mismos no desafían necesariamente al sistema. Un ejemplo de ello es el fenómeno de la bohemia que se desarrolló en las sociedades capitalistas desarrolladas en las que la abundancia relativa, al menos en comparación con los países menos desarrollados, permitió la creación de espacios para estilos de vida alternativos.

Como señala Jerrold Seigel en *Paris: Culture, Politics and the Boundaries of Bourgeois Life 1830-1930* (JHU Press, 1999), la bohemia parisina se desarrolló a partir de una necesidad generalizada de liberar los sentimientos y emociones reprimidos de la existencia burguesa cotidiana. La bohemia se estableció en los márgenes de la sociedad, a menudo en condiciones de una pobreza que no llegaba a amenazar la supervivencia física.

Pero, como muestra Siegel, nunca representó una amenaza para la burguesía y el capitalismo. Se desarrolló en los intersticios de ese sistema. Es interesante que en gran parte de la América Latina económicamente menos desarrollada, la "vida bohemia" se refiere a personas que, debido a horarios inusuales de trabajo y ocio, disfru-

taban de una vida social nocturna en bares, cafés y clubes nocturnos, sin implicar ninguna crítica de las normas sociales burguesas como tales.

La clase obrera española en armas

Mientras que en su *Road to Wigan Pier* Orwell vio a una clase obrera inglesa derrotada y todavía a la defensiva, poco después, a su llegada a Barcelona durante la Guerra Civil española, encontró "una ciudad", como describió en su *Homenaje a Cataluña*, "donde la clase trabajadora llevaba las riendas". Era una situación revolucionaria en la que "Casi todos los edificios, cualquiera fuera su tamaño, estaban en manos de los trabajadores y cubiertos con banderas rojas o con la bandera roja y negra de los anarquistas (...) En toda tienda y en todo café se veían letreros que proclamaban su nueva condición de servicios socializados; hasta los limpiabotas habían sido colectivizados y sus cajas estaban pintadas de rojo y negro (...) Parecía una ciudad en la que las clases adineradas habían dejado de existir" [*Homenaje a Cataluña*, George Orwell, Virus editorial, 2001].

En Barcelona, Orwell se unió [a las milicias del] Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), que junto con los anarquistas era la fuerza más a la izquierda en el campo republicano. Luchaban contra la insurrección militar franquista de 1936, que había unido a la falange fascista española y a la derecha clerical y monárquica tradicional para organizar un golpe militar contra el gobierno republicano electo.

El campo republicano estaba profundamente dividido. Por un lado, los partidarios, como los anarquistas y el POUM semitrotskista, de la revolución social protagonizada por trabajadores urbanos, artesanos y trabajadores agrícolas poco después de que se declarara la República en 1931. Del otro lado estaban los liberales, los socialdemócratas, y especialmente los comunistas españoles, que siguiendo las políticas de Frente Popular de Stalin -y ayudados por un sustancial apoyo material de la Unión

Soviética- sostuvieron que la República debía renunciar a la revolución social. Ellos creían que había que limitarse a la defensa de la democracia política contra el fascismo, para evitar el alejamiento de las clases medias españolas y de potenciales aliados internacionales como Francia y Reino Unido.

Colocándose del lado del POUM y los anarquistas, Newsinger sostiene que la política del Frente Popular en realidad fracasó porque Gran Bretaña y Francia -con su gobierno de Frente Popular- nada hicieron para ayudar a la República española, permitiendo así su derrota. Además, señala que la revolución social a la que se oponía el Frente Popular era una lucha realmente existente, que anarquistas y POUM querían apoyar y liderar, pero que no era una invención de su propia propaganda.

De manera similar, argumenta que la estrategia del POUM de completar la revolución y alentar la revuelta en las colonias españolas controladas por los militares, que fueron la base desde la cual las fuerzas de Franco invadieron España en 1936, era una opción política viable que no puede descartarse sin más.

La experiencia de la Guerra Civil española dejó una marca indeleble en la política de Orwell y lo desplazó bruscamente hacia la izquierda. Su participación en la revuelta obrera y popular en Barcelona como miembro de una milicia del POUM carente de jerarquía clasista en sus filas le dio, como dice Newsinger, una especie de "avance" de la sociedad socialista igualitaria en la que creía. Esta experiencia reafirmó la orientación de Orwell hacia la clase trabajadora y su identificación con los pobres.

Orwell reafirmó su antiestalinismo una vez que la intervención del líder soviético en favor de los republicanos fue acompañada de la instalación de sus comisarios políticos y sus servicios secretos, que se pusieron a construir prisiones y asesinaron a quienes se les oponían desde la izquierda, como a Andreu Nin, dirigente del POUM. Ya antes había desarrollado sus impulsos antiestali-

nistas durante su colaboración con el Independent Labour Party (ILP) británico, un partido pequeño pero significativo a la izquierda del Partido Laborista. La Guerra Civil española también reafirmó en él la política antiimperialista y el sentimiento de solidaridad con la "clase trabajadora de color" que había desarrollado a partir de su experiencia como policía imperial en la Birmania gobernada por los británicos.

Tras su regreso de España, Orwell resaltó la importancia de tener en cuenta que "la abrumadora mayoría del proletariado británico no vive en Gran Bretaña, sino en Asia y África", señalando la superexplotación británica de la India, y que ese era el "sistema en que todos vivimos" ("Not Counting Niggers", *The Adelphi*, London, julio 1939).

Newsinger indica, sin embargo, que Orwell nunca adoptó el marxismo revolucionario, aunque en muchas ocasiones, como en el caso de España, llegó a conclusiones prácticas similares, como la necesidad de la revolución. Según Newsinger, la formación política de Orwell fue influida por el ILP, al que se había unido en la década de 1930 junto con muchas otras personas de izquierda que rechazaban las traiciones del Partido Laborista a la clase trabajadora.

Bajo la guía del ILP se unió a la milicia del POUM cuando fue a España para luchar contra Franco. El ILP, que logró cierta influencia y representación parlamentaria en las décadas de 1930 y 1940, propuso un camino parlamentario hacia el socialismo. En consecuencia, Orwell suscribió la idea del ILP de que el camino hacia el socialismo pasaba por la obtención de una mayoría parlamentaria, aunque, a la luz de la inevitable resistencia armada del capitalismo y de sus partidarios, esa mayoría tendría que tomar las necesarias medidas energéticas para superar esa resistencia.

La decepción de Orwell

La derrota del bando republicano en la Guerra Civil Española y el inicio de la Segunda Guerra Mundial marcó el declive de las expectativas de Orwell en el poten-

cial revolucionario de la clase trabajadora. Newsinger cita que en 1942 Orwell insistía en la "decencia fundamental" de los trabajadores. Intentado aferrarse a su fe en la acción de la clase obrera, en los primeros años de la década de los cuarenta argumentaba que a la larga los trabajadores terminarían luchando por un mundo mejor. "La lucha de la clase trabajadora", escribió Orwell, "es como el crecimiento de una planta. La planta es ciega y estúpida, pero sabe lo suficiente como para seguir empujando hacia la luz, y lo hará frente al desaliento interminable" ("Looking back on the Spanish War", New Road, London, 1943). Incluso años más tarde, en su distópica novela *1984*, a través del personaje de Winston Smith, que daba eco a muchos de los pensamientos de Orwell, insistió en que los "proles" (los trabajadores en el libro) eran los que tenían la capacidad potencial de hacer pedazos al totalitario partido gobernante. El problema era, escribía, que sólo podían rebelarse si tomaban conciencia de su propia fuerza y no podían hacerse conscientes de su fuerza hasta que se rebelaran.

La preocupación persistente de Orwell con la acción de las clases le llevó, al comienzo de la guerra, a analizar el crecimiento de la "clase media" en países económicamente desarrollados como Gran Bretaña, y cómo encajaba con la lucha de la clase trabajadora. Hizo esto en su libro *The Lion and the Unicorn* (Secker & Warburg, 1941), donde, dada la incapacidad del ILP para convertirse en un gran partido, pidió la formación de un nuevo partido socialista.

Ese partido tendría la mayor parte de sus seguidores en los sindicatos, pero también atraería a lo que calificó como la clase media en crecimiento: trabajadores cualificados, expertos técnicos, aviadores, científicos, arquitectos y periodistas que le aportarían muchos de sus "cerebros dirigentes". Orwell también incluía en esta "nueva clase media técnica" a sectores como los obreros especializados, a los que los marxistas considerarían como parte de la clase obrera.

Consideró su apoyo crucial para la causa socialista.

Al mismo tiempo, sin embargo, el desilusionado Orwell reprendió a los propios trabajadores: sostuvo que las derrotas que los movimientos obreros habían experimentado en todo el mundo desde la revolución rusa fueron por su propia culpa. Un país tras otro, los movimientos organizados de la clase trabajadora habían sido violentamente aplastados y los trabajadores de los demás países no habían reaccionado. Para la clase obrera británica, argumentaba Orwell, la masacre de sus camaradas en Viena, Berlín o Madrid parecía menos digna de consideración que el "partido de fútbol de ayer". Aún más decepcionante para él fue la total falta de solidaridad hacia los trabajadores "de color" en las colonias por parte de los trabajadores ingleses.

Se alejó de la perspectiva revolucionaria adquirida en Barcelona, a la que pasó a considerar "exagerada", y decidió apoyar la guerra y centrarse en la lucha contra el fascismo. Reconociendo la debilidad de la izquierda británica dentro del campo antifascista y que, de hecho, la Unión Soviética y los Estados Unidos habían salvado a Gran Bretaña de la derrota, llegó a nuevas conclusiones. Decidió sumar sus fuerzas al ala izquierda del Partido Laborista, a la que consideraba lo mejor que podía esperarse dentro de la relación de fuerzas existente en Gran Bretaña, y aceptó la oferta de convertirse en editor literario del periódico del ala izquierda del Partido Laborista *Tribune* a finales de noviembre de 1943.

Sin embargo, no estaba dispuesto a renunciar a la clase trabajadora, y continuó comprometido, como escribe Newsinger, con ideas socialistas más radicales. Por ejemplo, en la revista estadounidense *Partisan Review* criticó la "falta de coraje" del gobierno laborista de Clement Attlee para enfrentarse al capitalismo, y esperaba, aunque con cierta tristeza, que el gobierno laborista pudiera desafiar a la clase capitalista en el futuro.

No obstante, Newsinger critica que Orwell

no pudo escapar de la lógica de defensa del status quo propia de la izquierda laborista. En las páginas de *Tribune* se unió al líder de la izquierda laborista Aneurin (Nye) Bevan para pedir que las tropas fueran utilizadas para romper una huelga de conductores de autobuses que dificultaba que los mineros fueran a trabajar. Y durante la crisis económica de finales de los años cuarenta se plegó completamente a la línea de austeridad del gobierno laborista. Como dice Newsinger, una vez que el Partido Laborista aceptó por completo la decisión de "dirigir el capitalismo en lugar de abolirlo", Orwell no pudo resistir la presión para acompañarle en esas políticas.

Sólo después de la guerra Orwell regresó al socialismo y a sus esperanzas en una sociedad sin clases. Lo hizo defendiendo en *Tribune* la idea de una federación socialista en Europa. Ingenuamente, Orwell creyó que esa idea podría tener el apoyo de Estados Unidos, país al que consideraba preferible respecto a la Unión Soviética debido a su sistema político democrático. Orwell contradujo su propio optimismo sobre los Estados Unidos durante el mismo período, escribiendo en *Partisan Review* que Estados Unidos era un obstáculo para el socialismo y que la situación de los socialistas era desesperanzadora. Para Newsinger, esta perspectiva pesimista caracterizó la última etapa de un Orwell irremediadamente decepcionado de la clase trabajadora.

Los últimos años

Cuando estalló la Guerra Fría entre el bloque soviético y las potencias occidentales a finales de la década de 1940, Orwell, al igual que el escritor izquierdista estadounidense Dwight Macdonald, con quien mantuvo una extensa correspondencia, salió en apoyo de Occidente como el mal menor. Como explica Newsinger, a pesar de los horrores del sistema capitalista que tan virulentamente había atacado en sus escritos, lo veía, al menos, como políticamente democrático, en contraste con el estalinismo.

Pero también creo que el pragmatismo de Orwell y la aparente alergia a una perspectiva política a largo plazo no le permitieron considerar una postura de "tercer campo" de "ni Washington ni Moscú", que ya existía pero era débil desde el punto de vista político y organizativo.

Las dos obras principales de sus últimos años, *Rebelión en la granja* (1944) y *1984* (1949), deben entenderse en el contexto de su creciente oposición al estalinismo, que se convirtió en una preocupación general respecto al totalitarismo. Orwell todavía se aferra a una perspectiva socialista en *Rebelión en la granja*, en la que postuló una alternativa de izquierda, si no una alternativa completamente revolucionaria, frente al status quo capitalista. Su perspectiva socialista se atenuó mucho en *1984*, donde la alternativa obrera queda en una esperanza lejana.

Estos libros fueron manipulados por las potencias occidentales en su lucha imperial con la Unión Soviética y el comunismo internacional. Newsinger describe cómo la CIA exigió revisiones de la película británica *Animal Farm* (Rebelión en la granja), que la agencia había financiado, eliminando cualquier semejanza con la protesta colectiva radical presente en el libro. Pero esta manipulación no debería haber sido una sorpresa para Orwell. A sabiendas había participado en los esfuerzos de propaganda de la Guerra Fría Occidental.

En 1948 el gobierno laborista de Clement Attlee estableció el British Information Research Department (IRD) para contrarrestar la propaganda comunista en el Reino Unido y el imperio británico. Como relata Newsinger en su escrupulosamente detallado relato de la colaboración de Orwell en la época de la Guerra Fría, Orwell aceptó que sus escritos fueran utilizados por el IRD para la propaganda anticomunista. Orwell podría haber sido inducido a trabajar con el IRD porque el programa de la agencia presentaba a la socialdemocracia, encarnada en el Partido Laborista, como una alternativa positiva al comunismo.

Según Newsinger, sin embargo, después de la publicación de *1984*, con mucho la más influyente de sus obras, Orwell pasó a estar "muy preocupado", como escribió a su editor Frederick Warburg, por la manipulación política de ese libro.

A través de su agente literario Leonard Moore, el 22 de julio de 1949 Orwell escribió a United Automobile Workers (UAW) y Socialist Call, periódico del partido socialista estadounidense, afirmando claramente que *1984* "no tenía la intención de atacar al socialismo". Orwell escribió que el libro pretendía exponer "las perversiones de las que es responsable una economía centralizada y que ya se han realizado parcialmente en el comunismo y el fascismo". Se oponía a las "ideas totalitarias" y se había establecido en Inglaterra para demostrar que los países de habla inglesa no estaban exentos de este peligro.

El capítulo más deplorable de la colaboración de Orwell en la Guerra Fría fue su entrega al IRD de nombres de reconocidos o presuntos adeptos o simpatizantes comunistas. Cuando Orwell comenzó a trabajar con el IRD, esa agencia estaba tratando de reclutar izquierdistas opuestos al estalinismo. Orwell les comunicó nombres de personas que podrían ser empleadas en ese sentido, como Franz Borkenau, un entonces muy conocido escritor izquierdista antiestalinista. Y también proporcionó al IRD, el 2 de mayo de 1949, una lista de personas a las que consideraba demasiado poco fiables para ello, ya que, en su opinión, actuaban como apologistas de la Unión Soviética. Él había extraído esos nombres de una lista mucho más amplia de "compañeros de viaje" que él y otra persona con la que estaba relacionado habían compilado para su propia información.

Newsinger considera claramente esa conducta de Orwell como inexcusable. Sin embargo, se esfuerza en tener una comprensión más completa de las acciones de su autor. Newsinger señala que no hay evidencia creíble de que la lista haya perjudicado las perspectivas laborales de ningún

individuo fuera del IRD (y que, en lo que respecta a sus perspectivas de trabajo dentro del IRD, era muy poco probable que la agencia, en cualquier caso, contratara a cualquiera que hubiera expresado alguna simpatía por el comunismo). Lo más importante, agrega Newsinger, es que, al mismo tiempo que Orwell entregaba su lista al IRD, estaba activamente involucrado contra cualquier macartista cacería de brujas de comunistas y contra la reducción de sus libertades civiles.

Totalmente consciente de las actitudes ambiguas de muchos izquierdistas hacia el comunismo, Newsinger también traza una línea de separación entre su crítica de Orwell y la de aquellos críticos de izquierda cuya intención no tan oculta es socavar la credibilidad de Orwell como un opositor al estalinismo porque ellos apoyaban al bloque soviético considerándolo "socialista" o al menos progresivo. El tipo de personas, dice Newsinger, que no estaban dispuestas a hablar en nombre de las víctimas del estalinismo, primero por temor a enfadar a un aliado contra el nazismo y después para evitar ser etiquetados como partidarios de Occidente en la Guerra Fría por otros izquierdistas.

Al atacar a Orwell, dice Newsinger, ignoraron que, al oponerse a la persecución de los comunistas en Gran Bretaña, Orwell apoyaba las libertades civiles de personas "que con bastante alegría lo habrían arrestado, obligado a confesar por cualquier medio, juzgado y fusilado".

También vale la pena reflexionar sobre el grado en que la colaboración de Orwell podría estar relacionada con su pesimismo político con respecto a la posibilidad de un cambio socialista o incluso progresista. Tal como sugiere el relato de Newsinger, el apoyo de Orwell al Partido Laborista, incluso a su ala izquierda de *Tribune*, nunca fue comparable en calidad e intensidad con su apoyo previo al ILP y menos aún con el que dió a la clase trabajadora española de los años treinta. Su pesimismo, combinado con la amargura provocada por los ataques

organizados por los comunistas contra él, pudo haberle provocado un grado de estalinofobia descontrolada por falta de una disciplina política interna. Tampoco tenía una visión positiva del futuro, que podría haberle ayudado a superar esa reacción.

La tardía colaboración de Orwell con el aparato de propaganda del imperialismo occidental es un hecho triste, lamentable e inexcusable. Sin embargo, había algo en él que lo hacía diferente de los ideólogos liberales de la Guerra Fría como Sidney Hook, Arthur Schlesinger Jr. y los intelectuales de la organización liberal Americans for Democratic Action. Pudo haber renunciado a la posibilidad de una revolución obrera, conformándose con la izquierda del Partido Laborista vinculada a la revista *Tribune*, pero a diferencia de los típicos "Cold Warriors" ("guerreros de la Guerra fría"), nunca suscribió el creciente consenso pro-capitalista de los años de la posguerra.

Como explica Newsinger, Orwell creyó erróneamente que su apoyo y participación en instituciones de la Guerra Fría como el IRD protegería la posibilidad del socialismo democrático, no la del capitalismo, contra la Unión Soviética y sus partidarios. Y a pesar de su desilusión con la clase obrera como agente de cambio, se mantuvo fiel a su verdad, incluso en su distópica *1984*, la de que "la esperanza reside en los Proles".

Sí, Orwell apoyó la Guerra Fría y el disciplinamiento de la clase obrera por el Partido Laborista en aras de la estabilidad económica del capitalismo. Pero inspiró a muchos, como recalca Newsinger, "por su apoyo y participación en la revolución obrera, al tomar las armas contra el fascismo y por su oposición al estalinismo". Lo que importa es la forma en que sus escritos de los años 1930 y 1940 todavía nos hablan a mí y a otros y son todavía relevantes para nuestras preocupaciones en el mundo moderno.